Así recoge el Salvador en la Eucaristía los postreros afectos del alma; así siembra en ella el germen precioso de la inmortalidad; así la toma de la mano, para que pase tranquila por el formidable tribunal de su justicia.

Si deseamos tan exquisito consuelo, recordemos continuamente la primera visita de Jesús: ese recuerdo nos mantendrá siempre vigilantes para la última. Y cuanto más pensemos en una y otra, mayor será nuestra sinceridad al decir: "¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él, ¡oh Señor! y el hijo del hombre para que le visites?"[1]

1 Salm. VIII, 5.

REFLEXIÓN VII

EL OLVIDO.

.... Oblitus sum comedere panem meum.
Me he olvidado de comer mi pan.
PSALM. CI. 5.

I

CUANDO nuestro corazón abriga un afecto sincero de benevolencia y de cariño hacia un amigo, ¡qué cruel es su indiferencia! ¡Cuánto nos hiere su olvido, después de los testimonios evidentes que le hemos dado de nuestra amistad! Existe en el corazón humano una propensión innata á esperar ciertas simpáticas demostraciones de aquel á quien nos hemos esmerado en amar y favorecer. Y á medida que crecen los vínculos que nos unen con aquel en quien fijamos nuestra predilección, se hace más justo y más racional nuestro sentimiento, viendo que ya no se acuerda de nosotros.

¿Cuál será, pues, la amargura de un padre, cuando se convence del olvido de su hijo? ¿Acaso valen poco el sér que le dió, las caricias que le prodigó, los bienes de que le colmó?

¿A qué grado, pues, llegará en Dios esa amarga tristeza por el olvido que de Él y de sus beneficios observa en el hombre? Jesucristo en la Eucaristía experimenta, sin cesar, las desgarradoras impresiones de ese olvido lamentable. Después de la primera comunión, duran tal vez por algunos dias, ó por algunos años, las ardientes aspiraciones del alma, que ha encontrado en la Eucaristía la fuente de su felicidad. ¿Y qué suele suceder después? Insensiblemente se va alejando de su buen Amigo, de su excelente Bienhechor, de su ternísimo Padre, que le ha tratado con tanta bondad y cariño; y las distracciones ¡ay! de un mundo engañoso, y las ilusiones de la edad, y los emponzoñados atractivos de las pasiones, producen la indiferencia, y por fin, el olvido de los riquísimos bienes que había recibido de Dios. Y no es una conjetura: ahí está la experiencia de todos los dias.

El Evangelio nos ofrece una viva imagen de semejante conducta. "Un hombre tenía dos hijos, y el más joven le dijo: Padre mio, dame la porción que debo heredar de tu hacienda; y el padre hizo á ambos la partición de sus bienes. Pocos dias después el más joven juntó todo lo que tenía, y se fué á un país lejano, en donde disipó todo su haber, viviendo licenciosamente . . . . ."[1] Suspendamos

1 S. Luc. XV, 13.

aquí, para examinar, palabra por palabra, todo el sentido moral que encierra esta primera parte de la parábola.

II

¿Quién es ese padre de que habla el Salvador, sino Él mismo?... ¿Quiénes son esos dos hijos, sino las dos especies de corazones en que se divide todo el género humano: corazones que corresponden á los designios de Dios, y saben guardar el rico tesoro de la gracia, y corazones que, llevados de su propio dictamen, viciado siempre, olvidan la Ley Divina; corazones en que no se apaga el fuego del cielo, que recibieron en la primera comunión, y corazones en que, apagado el amor divino, arde solamente el fuego impuro de los vicios; corazones, en fin, que sirven al Señor, y corazones que le ofenden?

¿Y por qué dice que el más joven de estos dos hijos pidió á su padre la porción que le tocaba de la herencia? Porque de ordinario la primera juventud suele ser más inclinada á la libertad, á la inconstancia, á la necedad, á la gula y á la licencia de costumbres. ¡Ah! "El hombre, al entrar en su juventud, muy fácilmente yerra. Lo primero, porque ignora la senda, y, ocupado en bagatelas, da crédito á los que le muestran el mal camino. Lo segundo, porque su camino es falaz y mentiroso, bajo vanas apariencias; amable por la variedad de los

colores y por la suavidad de los aromas, pero en la yerba se esconde la culebra: la adolescencia es la flor de la edad, pero con muchas espinas; es la primavera de la edad, pero con muchas nieblas y lluvias; es la fuerza de la edad, pero con muchos y peligrosos combates. Lo tercero, porque el camino de la adolescencia es resbaladizo, y por lo tanto propenso á las caídas. "Sabeis, escribía San Jerónimo á Cromacio, que no sin temor habeis pasado ese camino, que fué para mí tan expuesto."[1] Lo cuarto, porque esa edad, como dice San Basilio, está llena de fieras y de monstruos, por su ligereza y por su excesiva movilidad á todo lo malo é ilícito: por la indómita fogosidad que arrastra á todo lo agradable, por la fuerza de la ira, por el desenfreno de la lengua, por la contumelia, por la arrogancia."[2] Edad peligrosa y decisiva, cuyos caminos no podrán ser rectos sino mediante la observancia de la Ley Divina.

Y esos bienes que el Padre distribuye entre los dos hijos, ¿cuáles son? Aquí deberían enumerarse todos los magníficos dones que Dios pone en las manos del hombre y de su libre albedrío; en el orden de la naturaleza: la existencia, la conservación, las potencias del alma, los sentidos del cuerpo, el alimento, la salud, los bienes de fortuna..... en el orden sobrenatural: la gracia, los sacramentos, las inspiraciones, la educación cristiana, el buen ejemplo de otros, los dones del Espíritu San-

1 Epístola 43.
2 Le Blanc. Comentario sobre el Salmo CXVIII.

to. . . . ¿Quién sabrá comprender, describir y ponderar esa suma inmensa de bienes? ¿Pero quién sabrá decir todo lo que el mortal recibe en la primera comunión? Con su Dios recibe todos los tesoros de la gracia, cuya menor participación supera en excelencia á la posesión de todo el universo. Esta es la porción que nos toca de la herencia divina. . . .[1]

III

"Pocos dias después, el más joven juntó todo lo que tenía, y se fué á un país lejano." Es verdad. A los grandes bienes que hemos poseído desde el principio de nuestra vida, á los otros muchos que el Señor se ha complacido en dispensarnos después, juntamos las incalculables riquezas que el Salvador nos da en la Eucaristía, y emprendemos con osada resolución nuestro viaje. ¿Adónde? A una región muy distante. . . . "al olvido de Dios," dice San Agustín. . . .[2] ¿Y la amable Eucaristía? . . . . ¡Ay! Pasan años y más años. . . . "Allá, cuando yo me disponga para morir," dice el pecador. . . . Y se olvida de comer el Pan de la vida,[3] y, apartado de la vida, está muerto para la gracia y para la vida eterna.

¡Oh deplorable estado, digno de llorarse con lá-

1 Salm. XV, 5.
2 Quaest. Evangel. 33. Lib. 2.
3 San Juan. VI, 48.

grimas de sangre! estado de concupiscencia y de pecado, en que el infeliz se ausenta cada dia más de Dios y del cielo, porque de la santidad y del reino de Dios, pasa al reino del demonio, del pecado y del infierno, que es la mayor insensatez que puede imaginarse. Y lo que es todavía más deplorable: parece que Dios se olvida también del pecador, y deja, en castigo, de visitarle con su luz, con su gracia y sus inspiraciones.[1]

Tal vez estamos muy cerca de la Divina Eucaristía; tal vez está inmediato á nuestra habitación el templo en que reside noche y dia este Dios de bondad; tal vez pasa junto de nosotros; pero así como para el que ama á Dios y está unido con Él, nada obstan las distancias, como dice San Jerónimo,[2] de igual modo, aunque la adorable Eucaristía esté muy cerca de nosotros, si hemos olvidado á Dios por el pecado, está muy lejos. Y Teofilacto añade: que cuando el hombre sale de Dios, y se aleja de su santo temor, dilapida todos los dones divinos, los prodiga y los disipa.

Y Jesucristo, lleno de tristeza, porque está lleno de amor, ve desde su tabernáculo el alejamiento de ese hijo tan querido; sigue con la vista sus pasos, deplora sus extravíos, llora su desgracia. . . . ¡Oh! ¡Cuánto sufre su corazón paternal! Mientras que otras almas, representadas por el hijo mayor, dotadas de prudencia, y fieles al cariño filial, permanecen en la casa paterna, y saborean las suavísimas delicias de la mesa eucarística, ese hijo desventurado, que no quiere más que su libertad y su independencia, va á conquistar, con las lágrimas que por fin vendrán á sus ojos, el más cruel de los desengaños.

1 Cornel. Alapide Coment. sobre el Evangel. de San Lucas. XV, 13.
2 Epístola 146.

¿No es cierto que nos conmueve siempre la partida de un amigo á país lejano? ¿Quién es aquel á quien no han parecido más tristes los últimos instantes de la tarde, y más sombrías las horas de la noche, al acordarse de ese amigo ausente, en cuyo pecho depositábamos nuestras alegrías y nuestros pesares? ¿Y si es un hijo predilecto el que se ausentó? ¡Ah! ¡Cuántas veces subió la mujer de Tobías á la colina inmediata, para ver de lejos, si acaso venía, al hijo de sus entrañas! ¡Cuántas veces el mismo Tobías lloró amargamente, por haber dejado ir al báculo de su ancianidad! Y si ésto fué así, cuando Tobías envió voluntariamente á su hijo, ¿cuál sería el desconsuelo de ese padre que refiere el Evangelio, cuando veía que por evadirse de su influencia emprendió el hijo su malhadado viaje? ¿Cuál será el dolor de Jesucristo al ver que nos alejamos, no sólo de su presencia en la Eucaristía, sino también de su amistad, por satisfacer los deseos depravados de nuestro corazón? Feliz por sí mismo, en grado infinito, es el Señor; pero como tiene sus delicias, según Él mismo asegura,[1] en estar con los hijos de los hombres, es indecible, cuando éstos le abandonan, la pena que experimenta.

1 Proverbios. VIII, 31.